



## Editorial

Por estos meses en Perú fueron las elecciones generales. Esta vez se elegían a los candidatos a Presidencia de la República, los candidatos al Congreso de la República y los candidatos al denominado y huero Parlamento Andino. Se ha cumplido con el ritual de uno de los aspectos de la democracia. Hay diferentes lecturas sobre los resultados. También hay contradicciones y paradojas. La hija del prófugo ex Presidente de Perú Alberto Fujimori ha sido una de las candidatas más votadas al Congreso de la República, y un ex militar alzado en armas, fue el candidato a la Presidencia de la República más votado en la primera vuelta. Es un mar de fondo muy movido para tener una fotografía cierta o al menos visible de lo que ha pasado en esta elección 2006. Los resultados de por sí revelan la fragmentación de nuestra sociedad. Lo que sí debemos ser conscientes los votantes es que el ejercicio de la democracia no termina con el voto sino que es un ejercicio cotidiano en nuestras existencias.



Hace poco en un artículo de opinión, Jeffrey D. Sachs, prestigioso economista en un artículo de opinión decía “Los populistas pueden tener razón”. El artículo recogía las principales críticas de los denominados populistas al actual estado de la democracia en América Latina y en contrapunto dialogaba con los datos de la realidad. En verdad, en muchos de ellos daba razón a los populistas. Si bien es cierto que en el espacio latinoamericano se respira buenas cifras económicas, hay un serio y gran déficit social como sostienen los po-

pulistas. El bienestar sólo ha sido posible a cierto sector económico y étnicamente reconocido en nuestros países. Gran parte de la población latinoamericana todavía están en la situación de pobres y excluidos socialmente. Las cifras es una seria llamada de atención a los que aplicaron, y algunos persisten, en la ortodoxia de las recetas de las políticas de ajuste estructural. Ese no es el camino parece decirnos las cifras. Y, de algún modo también nos dicen los resultados en las justas electorales.

Lo que sucedió y sucede en los resultados electorales no busquemos las respuestas en terceros. Debemos mirarnos más nosotros mismos. No olvidemos que somos los que construimos los ángeles y demonios.

En esta oportunidad La Rama Torcida (*LRT*), presenta un excelente e interesante artículo de Rafael Tassi Teixeira sobre un sector de la población brasileña de la Mata Atlántica. El trabajo refleja también un gran trabajo de campo de parte del autor. Es mundo donde la provisionalidad y el reciclaje continuo es un marchamo existencial.



# **DONDE LOS JAGUARES DUERMEN: LOS CAIÇARAS DE LA JUNGLA ATLÁNTICA (BRASIL) Y SUS DISCURSOS DE INFINITUD**

*Rafael Tassi Teixeira \**

## EL PLUMAJE DE LA INSUFICIENCIA

¿Es posible un mundo sin convicciones, sin certezas duraderas, sin construcciones absolutas? ¿Existe un paisaje cultural que esté fuera de las perspectivas uniformes, seguras, de la identidad reconocida, del territorio reivindicado, de la memoria celebrada?

Más que eso, ¿resulta interesante un lugar en que la sociedad ‘no existe’, en la que el sentimiento de grupo está completamente diluido en la ausencia de modelos representativos, perdido vagamente en el pasado lejano, destituido y despojado de conocimiento? ¿Hasta que punto se puede hablar en geografías y en perspectivas culturales cuando la identidad fluctúa más allá de un nombre fijo, al margen de las series de referencias, contemporizado por los propios sujetos procurados en cierta zona, en determinado momento? Y al mismo tiempo, ¿cómo saber quienes son los agentes y sus últimos discursos, cuáles son las voces oídas, los rostros sabidos, las intimidades procuradas?

Una inquietud jamás es un estado que se prolonga cuando persiste como palabra para traducir el significado de las cosas. Pero ¿y cuando es la propia incertidumbre el privilegio de los rumbos, momento de interlocución y posibles respuestas encontradas interesantes cuando proponen más diálogos, más series de fugitivas preguntas, de la capacidad de invención de las creaciones, del anhelo de lo incierto?

Los caiçaras comprendidos dentro de esta pesquisa recusan las delimitaciones. Caiçara (Kai’sara) significa aquél habitante del mar y del mato atlánticos, literalmente traducido por “mestizo”, sin embargo, con un tono despreciativo en la actualidad. También significa la cerca de protección alrededor de la aldea y el corral hecho de ramas de árbol, buceando dentro del agua para acorralar al pez. Designa la choza de la playa para abrigar canoas y utensilios de pesca. Sobre todo, demuestra algo difícil de ser traducido, pues los límites, si ellos existen, reflexionan los caiçaras, nunca consiguen ni pueden ser “cercados”.

De esta manera, ¿cómo componer cuestiones en un cotidiano que se establece mediante la duda y los interrogantes? ¿Cómo delimitar en un local, entre personas que aprendieron a sobresalirse de todas las limitaciones, que ansían la ‘calma de las incertidumbres’, de los pensamientos incesantes, de la vida inestable entre tantos mares y matos?

Como no podía dejar de ser, fueron las dudas que capitanearon todo el trayecto, todo lo extraño recorrido de los momentos pasados en el “mar y en el mato” (Alvar, 1979). Las dudas traídas por sus propios agentes, por los interlocutores repletos de preguntas, con una peculiar satisfacción en proyectarse a través de la movilidad, o minimizar, casi olvidarse la historia en privilegio de la narrativa posible,

de la capacidad de invención, del encuentro, de la incertidumbre de las horas, asistidas entre el paisaje imprevisible, enorme, profundo y diverso.

Para ese habitante de los matos y de las bahías atlánticas, mezcla de pescador, pequeño “*roceiro*” y extractor de los recursos del entorno, manteniéndose básicamente en una “vida anfibia” (Diegues, 1995) en los cursos y entre cursos de ríos, sierras y diversos paisajes de una franja del litoral sur brasileño, la incertidumbre es una propuesta cotidiana, de horas gastadas entre el indagar de los mitos, de los tiempos pasados, de las apariencias que cambian rápidamente, de las sensibilidades que parecen querer existir en todas las partes.

La inquietud es siempre escogida en los momentos de trabajo y descanso, en las incursiones para dentro de la floresta y de las aguas. Para ellos, la inquietud es algo que calienta la interioridad de los pensamientos, que construye cuerpos y mentes, que produce historias y significados interesantes.

Los caiçaras detestan ser llamados de caiçaras y detestan cualquier afirmación definitiva sobre cualquier cosa. Ellos aprecian la combinación y las series de transiciones, así como las explicaciones no preparadas, las historias inacabadas, los prólogos indeterminados. Ansían, sonríen, discuten y se sienten seguros en la inseguridad de las cosas, en las transiciones y en los cursos, en los diálogos no terminados, en la fluidez substancial de los sentidos, de las narrativas, de los propios cuerpos. No les gusta ser definidos por ninguna cosa y al mismo tiempo se autodefinen como todas las cosas: pescadores, cazadores, “materos”, agricultores, mestizos.

Dentro de esa perspectiva, están siempre intentando encontrar puntos de argumentación que coloquen lo improbable en el plano principal de los pensamientos, ya que ser objetivo y acertado en las afirmaciones nunca es interesante y ni es conveniente. Para ellos, el equilibrio se halla en la exteriorización de las dudas, en la construcción de la transitoriedad necesaria de la identidad, en el reconocer de la sensibilidad para todas las cosas. Ellos odian las diferencias y son obcecados por las vicisitudes que las articulan. Al mismo tiempo, exploran y relatan los riesgos y las amenazas de la universalidad: peligro de que los peces se acaben, de que los animales emigren, de que las plantas pierdan los olores, de que la floresta los trague, de que se queden muy enfermos.

La amplitud está en ese beber de la dinámica, del desplazamiento, de la supresión definitiva, de la ausencia insistente del pensarse dentro de los parámetros establecidos, pues el mundo es una transición incompleta, imagen de devaneo y de serenidad, de esfuerzo representativo y de insuficiencia de estados.

Según ellos, apenas lo esencial tiene su virtud de instancia. Pero esta esencia está localizada en el tránsito de las cosas de ese mundo, ensimismo incierto, lleno de diferencias que deben ser contra argumentadas, que precisan ser expulsadas, que significan una pérdida de inquietud. Y la inquietud es algo deseable pues ella aspira al paradigma de todas las cosas y de la propia condición del caiçara: “no soy, no represento, no entiendo”, pero al mismo tiempo “conozco las cosas por las dudas que ellas me traen”.

Para ellos, la alteridad es administrada a partir de una fluidez determinante. Todos los estados “no son” aunque lo sean. La ‘serenidad’ o algún entendimiento, se percibe a través de lo voluptuoso de esas dudas, de los trastornos (percalços), del envolver más allá de las apariencias, de los pensamientos estimulantes, necesarios en la medida en que permiten la multiplicidad, que para los caiçaras es una incógnita constante y saludable.

En su universo, ninguna realidad es estática o se fija a hechos concretos. Parménides, con su inmovilidad aquí pasa a lo largo de la manera de representar la existencia. Inversamente, el tiempo de vida estima lo transitorio y lo aparente, y las relaciones con las cosas, las hablas y las personas traen esa inquietud de espacios recorridos, los cuerpos y los nombres cambian, las edades se suceden, los acontecimientos se tornan permeables cada segundo entre el sentido y la variedad de los seres.

Para los caiçaras, la memoria es una sustancia poco común que atiende al pasado inmenso, más prendido por la evanescencia, por la falta de importancia en creaciones sistemáticas de los sujetos, en el pensar que se distancia de lo culto a la historia en la medida en que ella enfría el esquema veloz con que se pierde y se transforman costumbres, reposo de la imagen mutante de la humanidad y su no permanencia.

Para los caiçaras, la memoria no es la práctica viva de mirar las cosas con una creencia infinita; ella acontece a partir de las sugerencias posibles, de los caminos dejados, de las transiciones aprendidas. Ella se hace importante cuando permite o estimula ese continuo sentimiento de movilidad, de mutación de los recuerdos, del observar de la realidad actuante pero peligrosa, pues todo en el mundo de las aguas y de las selvas se observa y se nutre a partir del espionaje del otro.

En ese aspecto, los caiçaras no se muestran ligados a un ‘huir de la historia’. Al contrario, es la historia que de cierta forma los persigue. El pasado colonial, las villas históricas, las antiguas localidades que cambiaron de lugar, el dominio atlántico, registra los componentes de una memoria que se deja, que resiste sin persistir, sin ser buscada, pero que se torna excesiva si es convocada sin la capacidad de invención, sin las dudas y los interrogantes contenidos por los sujetos cuestionables de esa propia memoria.

Es como si ellos negasen la consagración de la individualidad traída por el recuerdo, por el apoyo de la historia y al mismo tiempo formularsen la idea de identidad por la negativa de la colectividad, haciéndose no permanentes en las infinidades de interesantes creaciones, en los muchos y variados nombres, en las posibles y articuladas denominaciones que eventualmente son interesantes cuando transmiten una idea de evanescencia, de transformación incesante, de pluralidad de perspectivas.

Ese relativismo total se insiste en la vida de alternancias entre el mar y la floresta, entre la bahía y los largos recorridos de ríos para dentro de la selva atlántica. El pasado se agarra frágilmente a las construcciones históricas que marcan algunos puntos de la bahía, pero son puntos de referencia distantes demasiado para ser convocados. Al contrario, las celebraciones no son interesantes, pues la regla mayor

consiste justamente en las tentativas de huir de los parámetros, de las referencias claras, de los espacios procurados. Nada se conmemora y todo se quiere reconstituido mediante la originalidad del pensamiento, nuevas indagaciones, interesantes propuestas para sobresalir de la rotundidad de las certezas, de las convicciones y de las creencias.

Y las creencias, para los caiçaras, carecen de interés pues ellas determinan, conceden una idea de inmovilidad y de certezas, producto de cosas conocidas, de situaciones encontradas, de momentos aspirados. Y lo que se quiere es justamente la inversión de las certezas, la búsqueda de la plenitud a través de los cuestionamientos, de la recusa de la identidad: “no soy, no represento, no entiendo, no me llamo caiçara. Caiçaras son los otros”. Por esto, ellos están constantemente huyendo de cualquier imagen de eternidad de las cosas, cualquier aspecto identificable, cualquier representación determinante.

La imprevisibilidad es una constancia tanto en la geografía como en los propios sujetos, una influencia aguardada y de cierta forma útil para formular la propia percepción mayor de la realidad, hecha a partir de la infinidad de circunstancias, de encuentros y desencuentros, de la observación constante.

Para los caiçaras, todos miran, todos buscan, todos observan y al mismo tiempo huyen de la observación, conservando la existencia en la fluidez, en la contingencia, en la no realidad, en la tentativa de invisibilidad a través de la falta de caracterizaciones, ausencia de un único nombre, de los rituales, de las cosas delimitadas. La reversibilidad pujante del pensamiento acompaña a la imprecisión fecunda de esa experiencia de vida marcada por lo indefinido, propuesta por la capacidad de invención, conocida por las series de alternancias, combinaciones de narrativas, poder de conocimiento mediante el dinamismo esencial de los significados. El mundo ensimismo es corruptible, veloz, impreciso y vigoroso a partir de la multiplicidad de los movimientos, visto por la emergencia de lo incierto, de la inquietud de los pensamientos, de la asistencia de las transformaciones.

En ese sentido, la floresta, las aguas y los seres se modifican, están disfrazados a través de la imprevisibilidad, ausencia de rumbos fijos, de comportamientos precisos, de apariencias sabidas. Todo ensimismo vuelve a la indiferencia de esa floresta, el modificarse de los ríos y de los “manglares”, de las zonas despobladas en la mata. Para ellos, las relaciones son relaciones siempre predispuestas por la contemplación, por la fragilidad de contactos y la profusión en las narrativas. No obstante, la expiación del otro acontece por la creatividad, interrogar a partir de las mínimas apariencias, de las intenciones sugeridas, de los sonidos oídos.

Para los caiçaras de la mata atlántica, comprendidos en este estudio entre las zonas interiores del litoral paranaense, esa inestabilidad preponderante del universo y de los seres es formulada por medio de las preguntas, de las soluciones a través de la promoción de las dudas en un ritmo vertiginoso, componiendo una lógica de desconocimientos y de la insuficiencia, característica mayor de lo efímero del mundo, posibilidad inagotable de indagarse incesantemente.

El cultivo de las dudas parece delinear la noción de la imprevisibilidad y, antes que producir

aflicción y angustia, permite la idea del tránsito de las cosas del globo, de la falta de certeza de los lugares de los animales, del tiempo del cese de las lluvias, de los volúmenes de cardúmenes de peces buscados en los “igarapés” (pequeños brazos de ríos), de los vientos que cambian súbitamente de sentido, de las preguntas que deben ser hechas acompañando esa percepción mayor de la movilidad en todas las cosas, por todos los caminos.

En efecto, el universo de los caiçaras atlánticos está entremediado por extensiones de florestas, sierras abruptas, mares peligrosos y tranquilos, aguas que corren nerviosas o imperceptibles. Estos espacios están habitados por animales, fieras, seres, plantas y entidades que se mueven, que son encontradas menos por el mirar y más por los sonidos.

Para ellos, la floresta atlántica es un espacio denso y exuberante, donde los peligros y las oportunidades se confunden. El “mato” (el matorral) es el prolongamiento de la casa, que aparece en el medio de la floresta vencida, talada, quemada en cierta extensión. La casa se confunde con la floresta, pero que se encuentra en un interludio, una casi posición de alternancia y de descanso, pues está erguida sobre el mato cortado que crece paulatinamente a medida en que se distancia de la morada, de la “capoeira” o del mato secundario; “mato matado” que circunda el espacio doméstico, lugar también puntuado por la inseguridad y por los pensamientos.

No existen casas ‘fijas’, construidas para resistir el paso del tiempo, la imprevisión de las horas, los momentos rápidos. Todas las casas están ‘emparentadas’ con la floresta y hechas con el material (árboles, hojas y plantas) que se encuentran en ellas. Las casas están en una zona intermediaria, al mismo tiempo cercano y distante de las profundidades de los matos, circundadas por extensiones de diferentes variedades de crecimiento y de corte de arbustos. Para los caiçaras, las casas son los locales de moradas y donde ellos parten para las aventuras en las aguas y en la floresta, generalmente hasta algunos kilómetros de sierras altas, expandiéndose en todas las direcciones y haciendo división con las periferias rurales de pequeñas localidades.

Pero los caminos siempre se entrecruzan, surgen y desaparecen con una velocidad impresionante y ellos pasan buena parte del tiempo en medio de los cambios dentro del mato o en pequeñas embarcaciones en los “igarapés”, en las bahías extensas y a veces en las aguas ondulantes del comienzo de los mares, que influyen profundamente el color, la salinidad, la temperatura, la presencia de peces y el volumen de las aguas del delta de los ríos.

Los caiçaras parecen deambular en ese continuo ir y venir de momentos, como si ellos mismos fuesen marcados por esa dificultad de afirmaciones, como si procurasen ‘desaparecer’, ‘disfrazarse’ entre la floresta, conduciendo la canoa por los brazos de los ríos, a lo largo del estuario, en el principio de los mares. No obstante, esa indeterminación buscada en todas las características, parece no pocas veces, concebir una connotación de fragilidad, de pocos vigores, sugiriendo erróneamente una apariencia de desengaño, de falta de presencia en las zonas atlánticas, como si todos estuviesen “dentro del mato y de

la bahía”, esquivos como los animales que no se ven, como las plantas que desaparecen.

A su vez, el estigma de la poca diferenciación visual y la casi ‘promiscuidad’ de la identidad, la ausencia de características fáciles en la representación cultural, la imposición social como pobres, marginados, ‘abanderados’, convida a las sucesivas ausencias en la literatura, confundidos como los “caipiras del litoral” (Diegues, 1995), perdidos entre el pasado de las villas históricas coloniales, “gentes del mar y de los matos” (Alvar, 1979), regidos por la herencia de los diversos ciclos de prosperidad y estagnación económica, cuando muchos caiçaras vivían de la pesca profusa en los estuarios del sur y sudeste del país.

Sin embargo, la leve espectacularidad de la construcción visual, el privilegio enorme de la oralidad en las representaciones colectivas, la poca particularidad fisonómica, la lengua (el portugués caboclo, inculto, marginal), refuerza fácilmente esa impresión de desaparecimiento, de “pobreza de identidad”, de dilución de aspectos dentro del mar y del mato, confundiéndolos con los moradores de las periferias de la ciudad.

De un lado, la poca distinción en el repertorio visual ayuda a fortalecer el estigma de desaparecimiento y de otro, la propia interlocución a través del sonido, de la palabra, de la riqueza y de la valorización del espacio sonoro antes que el material se yuxtapone a la ‘anonimia’ del caiçara, viviendo más para el fondo de la mata atlántica, con la prohibición de la caza y la pesca, sufriendo impactos sensibles por la concurrencia con las grandes embarcaciones pesqueras que barren la costa.

Con todo, el caiçara del litoral atlántico es observado también como ese ‘otro’, mestizo de las aguas tranquilas y de los matos profundos, relacionado al espacio de ciudades históricas costeras (Paranaguá, Guaraqueçaba, Ubatuba, Iguape) tanto del Estado de São Paulo como de Paraná. Para él, la sociedad es una distinción secundaria, fragmentada en el curso de los recuerdos, referente a la otra parte de su experiencia, stirpe de un mundo menos interesante, correspondiente al camino de las certezas, de las costumbres, de la memoria.

De cierto modo, en su entender, todo ‘vuelve’ a la inmaterialidad copiosa de la mata (jungla), desapareciendo los vestigios de las épocas, deteriorándose las paredes de las casas históricas por la intensa humedad, restando la permanencia de las palabras, la idea del movimiento incesante, de la fragilidad de la arquitectura, de los rostros, de los cuerpos.

Y los cuerpos, las identidades, las vestimentas son para él meras apariencias, ‘disfraces’ colocados, sinónimos de otro mundo, otra imagen, concebida peligrosa y arriesgadamente, formulada exterior pero siempre parcialmente, siempre equivocadamente. El cuerpo es un cuerpo “colonizado” (Gutiérrez Estévez, 2000), subyugado y orientado por los impulsos, cuerpo que denota una amenaza, pues revela una apariencia, impide la invisibilidad, demuestra una característica, concede un disfraz.

En efecto, el cuerpo también es un cuerpo que ‘prende’ la memoria, que sugiere la biografía, que



inscribe y delimita, que trae un peso específico, que responde a una materialidad siempre peligrosa, pues conduce fácilmente las condiciones: hombres, pescadores, pequeños agricultores, extractores, pobres, mestizos.

Los caiçaras buscan, entretanto, la fuga de estas condiciones, de las fronteras conocidas, de los ámbitos percibidos, de las imágenes formuladas. Para ellos, los ‘cuerpos’ pueden ser otros cuerpos, pueden ser vendidos y relacionados a alguna imagen, a la infinidad de las mismas. Los cuerpos fueron “colonizados” (Gutiérrez Estévez, 2000) y sugieren vagamente, distantemente la noción de persona, mucho más compleja y difícil de ser conocida, de manera sutilmente abrazada a las series de percepciones y pequeños movimientos, de los variables recursos de pensar el mar, el mato, las historias perdidas y las narrativas propuestas, la experiencia de vida siempre a medio camino, en un ir y venir, aparecer y desaparecer, sugerir y no ser, expulsando, impidiendo, sintiéndose traicionado en las delimitaciones y pleno en la indeterminación del mestizaje: ‘mestizaje’ con hombres, con plantas y animales, con seres visibles e invisibles, con la floresta y las aguas.

Para los caiçaras, componer una ética de la pluralidad y de la no permanencia al revelarse en el esfuerzo de los cuestionamientos, al mismo tiempo fuera y junto con ellos, corresponde a la indagación necesaria de la idea de la persona, de la identidad en las veloces transformaciones entre el “mar y el mato” (Alvar, 1979), floresta y bahía, selva y corredores innumerables de ríos y pequeños igarapés, mundo de sierras y paisajes de un verde abundante, “monótono cuando observado a la distancia” (Fausto, 2001), profundo y enriquecido con el percibir microscópico.

Las geografías ‘instigan’ y de cierta manera ‘sugieren’ los hombres. La imitación de la inestabilidad y de la aparente ‘monotonía verde’ de este entorno siempre desconocido, siempre imprevisible y incognoscible, interesante para pensar y vivir, propone innumerables formas de aprender sobre la humanidad, como que a semejanza de las pequeñas indecisiones de los cursos de los ríos, en los repentinos cambios en la dirección de los vientos, en las evoluciones distraídas de las nubes, en las bajadas y subidas de las aguas, en los matos vigorosos o vaciados.

En este contexto, se revela como un contrapunto poderoso la palabra y el sonido, las investigaciones sonoras y los ritmos audibles, la perfecta incertidumbre que persiste además de las florestas, punto de atención y consulta que los caiçaras buscan, absorbidos por el fenómeno del acontecimiento del mundo a través de las cosas oídas, de los animales escuchados distante y cercano, de los ‘seres invisibles’ (“caipora”, “saci-pererê”, “gigante”, “caboclo de las aguas”, asombros de las almas) percibidos por la audiencia sonora vibrante, reconocidos por las narrativas así inspiradas.

Esta intensificación del mundo sonoro, de la composición e importancia central de las narrativas inventadas, del rumbo de los tiempos y de la sabiduría encontrada en la distancia que se torna próxima, contrasta con el poco cuidado con la arquitectura de las casas, las vestimentas modernas, las antiguas comidas. Los cuerpos se venden y los espíritus persisten. Para los caiçaras, la imagen de la ‘sociedad’, el

ideal de 'grupo', el paisaje cultural está íntimamente atado a esta concepción mayor de la imprevisibilidad, del dinamismo absoluto, de los cambios rápidos. El pensamiento está caracterizado en un 'plumaje de la insuficiencia', tenues conceptos que buscan las series de relaciones pero que son en sí mismo inútiles, pues son entendidos como meras muestras, como posibles respuestas, mismo que el propio conocimiento esté delimitado por la falta (insuficiencia) de limitaciones.

Heráclito surge en la bahía como un medio de supervivencia, de posibilidad de elección, de perpetuidad de acciones, construidas a partir de una creatividad abundante. En la floresta, este pensamiento 'fluido' es todavía más exacerbado, superconductividad que expresa Heisenberg, evanescencia que persiste en la observación de las cosas.

Por esto mismo, el pensamiento caiçara está interesado en la contemplación incesante, en la fuga de las respuestas y en el interés de las preguntas, dudas que prometen más pensamientos, que posibilitan un 'huir' de la historia y un crear otras tantas, comprendiendo la experiencia de la realidad por la insistencia en exprimirla con más pensamientos, juego de armonía y descanso en la profusión de los relatos, en la observación atenta e interrogativa de la realidad. Esta construcción de sentido por la imponderabilidad de las propuestas, por lo "no soy, no represento, no entiendo", sirve para la puntuación sensible de ese mundo de indagaciones, de animales que desaparecen, de peces que emigran, de floresta que "engulle".

Para los caiçaras, no son los individuos, el grupo, el esquema cultural percibidos como importantes. Son las palabras que juegan. Son los momentos que se escuchan, combinan de encontrar soluciones, breves e interesantes pensamientos que expresan la filosofía de la no-permanencia, movimiento incesante, imperfección deseada.

El mundo nunca es prematuro, indeseable, impuesto por las características, conocido por las clasificaciones. De la misma manera, también las personas no son entendidas por la apariencia, ideario, conducta, por el cuerpo que expresa. El mundo es percibido por la sensibilidad e interrogado insistentemente por el intelecto, por la duda de la existencia, por las combinaciones de las palabras que, lejos de clasificar, invierten los sentidos, tornan posibles e innumerables las acciones, exprimen, mediante la contingencia infinita de propuestas, la atrayente o elegante incertidumbre de las cosas, del universo de los animales, de las plantas, de los seres invisibles, de la historia y de los pensamientos.

En cierto sentido, esa 'alegoría indeterminada' del entorno es percibida como insuficiente pero así mismo los intereses se proyectan por todas las acciones. Los registros son paréntesis de posibilidades en un horizonte de cuerpos, de paisajes y de personas que se revelan particulares, conocidas, delimitadas por la peculiar capacidad con que promueven lo indefinible y lo innumerable como proposición mayor del entendimiento, y de la identificación.

El caiçara tiene en la no-permanencia (en los cambios) su lógica de elección. El pasajero es una esencia de cuerpos, amago de los sentidos de miradas, de la percepción de los sonidos, de las descripcio-

nes de las amenazas, del revelarse en la insistencia de lo incierto.

Paradójicamente, huyendo de la historia, negando los esquemas, los discursos colectivos, las 'personalidades' consagradas, ellos elevan la condición del mestizaje a una importancia más allá de sus propios límites: se tornan mestizos envueltos por la nulidad (y no las sumatorias) de todas sus características. Dentro de la fluidez y de la no-permanencia, las palabras son convocadas. 'No ser'. 'No representar'. 'No entender', es una positiva manera de burlarse de las conductas, los cuerpos, los ideales.



## **DONDE LOS JAGUARES DUERMEN**

Para los caiçaras, el cuerpo es un modo de aquiescencia, de fecundidad de relaciones, de percepción e intensidad de contactos, amenaza que existe en la articulación de la experiencia. La oralidad es el áncora del gusto. Del sentimiento más íntimo, de las horas rehechas en la paz de la noche, cuando las sombras diluyen los pensamientos y él se vuelve para el narrar como un punto de encuentro, entronizando la palabra en su poder mediador, enlace con rasgos de tiempos, belleza creativa en la sugerencia de las preguntas, dudas que renacen en lo cotidiano de las fugas.

Ningún significado es más importante que ese vivaz contorno de horas, cuando los largos silencios predominan entre el fuego que se escucha y él, en la intimidad del hogar, se siente atado a la poética de las transiciones, del insistir y variar en las dudas, del interrogarse sobre los paisajes atlánticos. Las dudas son un repertorio de instantes y norlean toda la existencia en el mar o en el mato, lugares compuestos por la falta de evidencias, por la confusión aparente, por la dificultad de presumir acertadamente, pues todo parece volver a la indecisión de la floresta, universo pleno de olores y sensaciones, horizonte impuesto por el próximo ramo de hojas, ‘monótono’, confuso, desconocido.

El perpetuo o incesante principio del movimiento de las cosas existe en la falta de consistencia de la geografía, de las casas del entorno perdidas dentro del mato, del mundo sin habitares prolongados, con la humedad extrema imponiendo un deseo de olvido al corromperse las paredes de las construcciones de las villas en las ciudades, haciendo que las horas parezcan siempre más largas, demoradas e infinitas pues la preocupación es el instante, el ahora imprevisible, siempre más cercano, puntuado por las series de cambios indefinidos.

Todo se construye encima de los bultos, de la apariencia clamada que después desaparece, de la sugerencia percibida en la poca importancia de las asociaciones del pasado, de los nombres que fueron olvidados, de los lugares que son puntos dispersos, que jamás responden o “concentran” (Viveiros de Castro, 1986) y que siempre posibilitan. Todos los paisajes (físicos, culturales y sociales) carecen de profundas delimitaciones y están dilatadas en la apariencia, vaporizadas en la selva abundante, mundo sin puntos de interlocución, diálogos mediados por la inquietud interminable, potencia inherente de la floresta sin claros de mato, sin zonas libres de los cambios, de las largas impresiones vestidas con hablas, palabras, incertidumbres.

Para los caiçaras, ese mundo es un mundo donde los “tigres (jaguares) duermen”. Un mundo de mares, bahías y florestas de sierras elevadas y poco transpuestas, caracterizadas por la infinidad y re-sueltas por el incesante insistir de la movilidad en todas las cosas, todos los sueños como ‘sueños sueltos’, como prolongamientos de la propia idea del nunca dejarse y estar caminando, atraído por el curioso aspecto, disfraz, sugestión momentánea de un siempre seguir o siempre perderse.

Según los caiçaras, los tigres (jaguares) “sueñan” en lo alto de las sierras, punto de indefinición máxima, distancia inquebrantable para los pensamientos, volumen de charlas perpetuas, impresión de muchos silencios pues, “allá en lo alto de los montes”, los movimientos son todavía más rápidos, sin embargo los deseos les tragan, sin embargo los “tigres” reposan.

Las altitudes perdidas, el alargamiento de las sierras son considerados las moradas de los “tigres”, lugares en que los pies no alcanzan, pero los “sueños quieren ir”, representando un mundo de posibilidades e infinitudes, en cierto sentido caracterizado por la abundancia y lo inagotable pero también por la quietud, por el silencio traído, por la permanencia de los sueños.

La cima de las sierras atlánticas, paradójicamente, parece ser para los caiçaras un lugar al mismo tiempo de incesante soñar y de certezas marcadoras: frontera innumerable habitada por seres próximos a los hombres (jaguares) pero francamente perdido para la humanidad, pues los “pies no alcanzan”, el cuerpo no llega, los ojos pueden apenas colocarse.

Es en ese local de imposibilidad física que ellos dicen que los jaguares, representante máximo de la revelación de la inquietud o de la incertidumbre de las cosas en el mundo, buscan un refugio, escondiéndose en supuestas cavernas o en lo alto de los árboles para mirar el espacio de las incesantes evoluciones de la floresta y sus adyacencias.

De cierto modo, lo alto de las sierras, “donde los tigres duermen”, para los caiçaras atlánticos del litoral paranaense, representa el punto pretérito o infinito de aquello que existe en el paisaje profundo e interesante de la floresta y de las aguas alrededor: la esfera de la vida además de la apariencia, de las series de interpretaciones, de lo interesante y necesario de esas interpretaciones.

La cumbre de las sierras con sus “tigres que duermen” significa, por tanto, la predicación máxima de las incertidumbres (pues los pies no consiguen y los cuerpos no llegan) pero también son las zonas donde los ritmos se interrumpen, donde la inquietud ‘silencia’, donde los jaguares “duermen”, igual que estén siempre soñando, siempre indagando y representando.

Pero ¿Existen movimientos además de los propios movimientos, memoria sin los registros, paisajes sin los trastornos? ¿Existe una tranquilidad posible además de la propuesta por las invasiones de las dudas, por la inquietud elogiada, por el reconocimiento de la infinitud y del interés en continuar interrogándose? Los caiçaras ‘sueñan’ a través de sus pensamientos y miden las cosas por las posibilidades de perderlas. La inquietud, los pensamientos inquietantes, lo imperativo de reaccionar con sensibilidad para la percepción de los cambios del mundo, el relevo del entendimiento de la transitoriedad, parece ser un camino, la vía posible, la subjetividad deseable que compone su existencia en la floresta atlántica y sus infinitas interdependencias.

Las identidades, el territorio, las marcaciones no existen. Al contrario, apenas por la inquietud despierta,

por el sueño y por los pensamientos se consigue la comprensión del ritmo transitable de las cosas en el mundo: un mundo de sueños libertos, de pensamientos inventivos, del olvido o de la mínima memoria en contrapartida a la copiosa necesidad de las nuevas narrativas, de las palabras que se combinan, de la imprevisibilidad que se convive. Los sueños son “discursos de inmortalidad” (Graham, 1995), son convites al pensamiento creativo, la imaginación persistente, al interés posible de la percepción del movimiento de las cosas.

El alto de las sierras, los lugares donde los “tigres” (jaguares) paran para dormir y soñar, significa la condición mayor del pensamiento caiçara: la realidad del mundo está abogada por la no-permanencia y por la búsqueda solícita de su entendimiento, a igual que la imposibilidad física de la humanidad de llegar a esos lugares (alto de las sierras, sueños de jaguares, longitudes profundas, fronteras que no existen) dejan, entre bahía y mato, entre aguas y florestas, commensurables las relaciones y eternas las tentativas de proyectarlas.

Para ellos, los límites están perdidos en el interesante privilegio del régimen de atribuir imprecisión a todas las cosas. El universo está comprendido justamente por esa pluralidad indefinida, por los “sueños de los tigres”, por la insuficiencia característica e inagotable de la humanidad: relaciones efímeras en el plano de la realidad, profundo contacto en la esfera de la subjetividad, pensamientos que se sueltan, ritmos que se recrean constantemente. Para los caiçaras, no apenas la identidad, los cuerpos, las maneras y los paisajes son incompletos, pero también la propia experiencia en el mundo es una experiencia balanceada por la imperfección, contingencia, movilidad.

El reconocimiento de esa característica imprescindible en el mundo, entre “mar y mato”, es una positiva manera de trascender décadas de vida en los intersticios, siempre a medio camino entre ser y no ser pescador, ser y no ser agricultor, caiçara, mestizo.

Un átomo de capacidad de invención en las combinaciones de las palabras, de los pensamientos, en la percepción de la indeterminación conceptual que demanda el mundo es una invitación al regocijo de la (o por la) inquietud de la existencia.

Entre aguas y selvas húmedas de la costa paranaense, los movimientos que ocupan y producen este pensar inagotable son incesantes pero llevan, invariablemente, a una armonía que está en el comprender la transitoria (y necesaria) dinámica del universo.

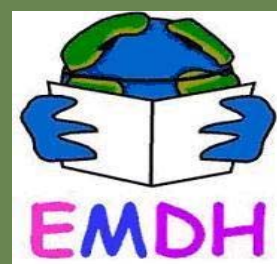
No existen especialistas ni fronteras conocidas. Apenas hombres que escuchan, piensan y sugieren la experiencia de acuerdo con sus propios e imprevistos sueños. Así como los de los jaguares, así como los de la humanidad.



[www.laramatorcida.com.pe](http://www.laramatorcida.com.pe)

[LRTCANTACTO@terra.es](mailto:LRTCANTACTO@terra.es)

<http://emdh-ongd.portalsolidario.net>



\* Rafael Tassi Teixeira (Curitiba, 1975). Psicólogo, Doctor en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid (2004). Actualmente es Profesor de Antropología en la Universidad Tuiuti del Paraná (UTP/PR).

## NOTAS

<sup>1</sup> No existe una traducción literal para la palabra que designa al habitante centenario de algunas zonas tropicales atlánticas, venidos de diferentes momentos de la colonización, sobre diversos cruces de culturas. Kai' sara viene del tupí-guaraní (Von Behr, 1997) y, en la actualidad, recibe un tono peyorativo, utilizado para apuntar a aquellos pescadores y pequeños agricultores que viven en algunas partes del litoral sur y sudeste brasileños, pero precisamente de la región sur de la franja costera del Estado de São Paulo al litoral norte de Santa Catarina, pasando por el Paraná, donde están localizados en la bahía de Guaraqueçaba (48° e 48° 45' W e 25° e 25° 30' S) e interiores de la de Guaratuba (25° 40' e 26° 00' Latitud Sur e 48° 50' Longitud Oeste).

<sup>2</sup> Para los caiçaras, apenas los “huesos recuerdan”, pues todas las cosas en el espacio atlántico están caracterizadas por esa concepción mayor de movimiento y de ‘fuga’ de la historia.

<sup>3</sup> Carlos Fausto (2001) comenta sobre los Parakanãs (Tupis): “Cuando la noche cae y no se puede distinguir nada sólo los bultos, las palabras habladas o cantadas completan un espacio antes poco visible o imaginable... Hay una enorme resiliencia que no está puesta en el espacio, ni en las marcas corporales, pero si en la palabra y en la danza.” (Fausto, 2001: 25).

<sup>4</sup> Los caiçaras consideran a los felinos, especialmente a la “onça-pintada” (*Panthera onca*) animales de extraño poder, significativos en ese espacio de rápidos cambios. Los felinos son paradigmas de esa condición mayor de la inestabilidad de las cosas del mundo, caracterizados por la dificultad de localización y al mismo tiempo por la enormidad de veces que aparecen en los relatos y posibles encuentros. Los felinos están considerados animales potentes pues, de la misma forma que los humanos, tienen la predisposición al soñar y a los “pensamientos”.

## BIBLIOGRAFÍA GENERAL

ALVAR, Júlio e Janine. (1979), *Guaraqueçaba, Mar e Mato*. Curitiba: UFPR.

DIEGUES, Antônio Carlos Sant'Ana. (1995), *Povos e Mares: Leituras em Sócio-Antropologia Marítima*. São Paulo: NUPAUB-USP.

FAUSTO, Carlos. (2001), *Inimigos Fiéis: História, Guerra e Xamanismo na Amazônia*. São Paulo: EDUSP.

GRAHAM, Laura. (1995), *Performing Dreams: Discourses of Immortality among the Xavante of Central Brazil*. Austin: University of Texas.

GUTIÉRREZ ESTÉVEZ, Manuel (ed.). (2000), *Sustentos, Aflicciones y Postrimerías de los Indios de América*. Madrid: Casa de América.

VIVEIROS DE CASTRO, Eduardo. (1986), *Araweté: Os Deuses Canibais*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar/ANPOCS.

**\* Las fotografías han sido cedidas por el archivo fotográfico de EMDH.**

**Esta revista es posible gracias a la valiosa contribución de Cristina Ruiz Fernández.**